

Ferrán Gallego

**EL NACIONALISMO CATALÁN
Y LA MEMORIA HISTÓRICA**



2005

I

Al aproximarnos al tema de esta conferencia, que desea referirse a la trayectoria del nacionalismo catalán en el pasado siglo para hacer comprensible lo que está sucediendo ahora, desearía hacer algunas consideraciones imprescindibles que *contienen* la actualidad del tema. Saber por qué hablamos de ello, más allá de un interés académico o formativo. Cuál es su urgencia política, su estado, digámoslo así, de *emergencia intelectual y cívica*, de la que deben desprenderse actuaciones políticas y una verdadera batalla de ideas que, a mi modo de ver, no se ha dado de forma conveniente en España.

Para empezar, la actualidad del nacionalismo catalán, que probablemente no habría sido motivo del tipo de preocupación que hoy puede experimentarse hace veinte años (y si lo hubiera sido de forma adecuada se habría interrumpido un proceso indeseable, una situación de riesgo innecesario para la democracia, de ruptura de la cohesión social obtenida en la propia Cataluña), tiene los siguientes elementos a considerar ahora mismo, antes de entrar en la genealogía del nacionalismo catalán.

El primer aspecto es que la cuestión del nacionalismo en Cataluña, en la forma en que se presenta, en la trayectoria que ha conseguido sedimentar, en la cultura que ha construido en su propia zona de influencia directa, afecta a las condiciones de libertad, de garantías democráticas, de cultura cívica en la propia Cataluña. Afecta a la idea de una Cataluña plural que debería ser una parte más del concepto de la España plural: es decir, la pluralidad entendida entre comunidades diferenciadas, pero también

entre visiones de los diversos proyectos políticos en el seno de una misma comunidad, eludiendo los factores de exclusión que puede contener el principio aberrante de otorgar a cada comunidad una ideología “propia” sobre la cual se identifican pluralidades secundarias, siendo la única pluralidad verdadera la que implica la relación entre las diversas comunidades culturalmente monolíticas que edifican una coordinación de entidades soberanas, cuyo resultado es la “España plural”.

El segundo es que la forma en que se afronte este tema se refiere a la relación a establecerse entre Cataluña y el resto de España. Lo que en Cataluña se diría, en el lenguaje políticamente correcto, Cataluña y España o Cataluña y el Estado Español.

El tercer aspecto es el que se refiere a la forma en que el nacionalismo catalán, como sujeto social y como grupo de partidos políticos, puede determinar las relaciones entre las dos grandes fuerzas nacionales en las Cortes. Y cómo puede determinarlas en otras zonas del país, actuando como una especie de efecto-demostración en comunidades autónomas de menos carga identitaria, pero que pueden ir en busca de ella para dotarse de autorización ideológica para la solicitud de recursos o, simplemente para constituir un espacio de legitimidad populista.

Ninguno de estos temas puede considerarse por separado más que en una observación analítica: en la realidad, en la toma de decisiones políticas y en la formación de correlaciones de fuerzas, se alimentan entre sí y sólo resulta comprensible cada una de ellas examinando la totalidad del problema planteado. A ello hay que añadir, lógicamente, que estas tres circunstancias se dan en un momento histórico preciso, en una coyuntura que debe analizar-

se, que es el resultado de un largo proceso histórico del proyecto nacionalista. Pero no puede entenderse como resultado de lo que los nacionalistas han querido, sino de la forma en que han conseguido situarse en una política de alianzas que los hace imprescindibles en un escenario político concreto, alimentado por una nueva estrategia del Partido Socialista.

Quisiera indicar, para señalar desde el principio por qué concedo tal importancia a este problema, dejando de ser el catalán que viene a hablaros de Cataluña, lo que me parece que tiene de esa “emergencia cultural” la manera concreta en que el nacionalismo ha actuado en los tres ámbitos citados. El filo del abismo es la manera en que, para utilizar una expresión que a mí me resulta muy atractiva de Walter Benjamin, “La historia no es lo que realmente sucedió, sino contemplarla tal y como relumbra en un instante de peligro”. Creo que manifestar la propia posición es una necesidad de honestidad intelectual y de cortesía básica, de poner las cartas sobre la mesa como durante mucho tiempo no se ha hecho, aunque creo que ahora están todas a la vista y con las apuestas muy altas. Se trata de insertar esta reflexión en ese lugar de consideración política que me interesa, para comprender el cumplimiento del proyecto nacionalista catalán elaborado desde los comienzos del siglo XX.

Lo diré en unos términos que tal vez puedan parecer alarmistas cuando en modo alguno pretendo ser alarmista sino, por el contrario, extremadamente prudente, cauteloso y, desde luego, respetuoso con las ideas. Ocurre, sin embargo, que la prudencia en caso de incendio o de naufragio no nos propone precisamente el silencio o mirar hacia otro lado para evitar que la gente se ponga nervio-

sa. Obliga a evitar que el fuego se propague o la avería abra brechas en el casco del barco; se debe mantener a las personas en condiciones de analizar serenamente las condiciones que nos rodean, el alcance real de los problemas sin exagerarlos y sin minimizarlos, a fin de proporcionar a las personas la seguridad indispensable a la que quienes nos dedicamos a considerar los temas de una forma más general, con avidez de información y formación a transmitir, tenemos que hacer. Por tanto, señalar el peligro es una obligación. Y hacerlo en el tono adecuado sigue a esa obligación.

El nacionalismo catalán es un laboratorio y un instrumento para la destrucción del régimen constitucional que ha permitido resolver los temas de democratización que este país tenía pendientes desde el final de la guerra civil hasta la Constitución de 1978 y los procesos de alternancia política producidos hasta el año 2000. No es que sea el nacionalismo más radical: ni siquiera es violento, en el sentido en que nos hemos acostumbrado a considerar el independentismo vasco, que quizás por ello ha tenido una visibilidad clara, pero también un margen de maniobra más reducido. Ha sido el más efectivo, el que ha llegado a crear unas condiciones de hegemonía en Cataluña innegables —en un proceso de socialización realizado con una habilidad y sin apenas resistencia intelectual ni política alguna— y ha llegado a ser clave para la gobernabilidad de España, en función de una variable fundamental: el proyecto estratégico del Partido Socialista elaborado por su actual equipo dirigente, que rompe con el que el PSOE tenía hasta comienzos de los años 90. Vayamos por partes, considerando que lo dicho resulta de una contundencia que precisa de una justificación. Aquí es donde po-

demos considerar las tres circunstancias complementarias que se citaban al comienzo de esta reflexión.

En primer lugar, decíamos, el problema se plantea señalando qué está sucediendo en la propia Cataluña y de qué forma el nacionalismo es responsable de esta circunstancia. Lo que está ocurriendo es que el nacionalismo catalán no se presenta como una opción entre otras, como lo hizo en 1977 y hasta 1980. El nacionalismo se presenta, en las dos versiones políticas que tenemos ahora (el nacionalismo sería su versión cultural, su espacio ideológico) como la forma de la comunidad, como su manifestación, como su representación (en el sentido filosófico y psicológico del término). El nacionalismo no es un partido, sino que es la nación convertida en idea: es, para decirlo en otros términos, la expresión de la voluntad general. No se trata de que se pueda ser nacionalista y demócrata. Se trata de que la única manera posible de ser demócrata en Cataluña es instalándose en el campo magnético del nacionalismo, sea como nacionalista explícito, sea como alguien que comprende el nacionalismo, lo valora positivamente y, de hecho, ha pasado a considerar que no se puede hacer un discurso contra el nacionalismo como ideología sin entrar en los límites del antidemocratismo. Con lo cual, la ruptura de la pluralidad cultural, previa a cualquier pluralidad política auténtica, es obvia: el hecho de que existen diversos partidos entre los que elegir no supone que no se tenga que pasar por encima de esa barrera tan contundente de delimitación de lo que es correcto, de lo que muestra respeto a los derechos colectivos, a las condiciones de autogobierno, etc.

De nada sirve que alguien pueda defender el Estado Autónomico y las formas de autogobierno concedidas. No

se trata de eso, no es un enfrentamiento entre centralismo y federalismo. Lo es entre el nacionalismo y quienes les acompañan, legitimando su papel, y quienes se creen con el osado derecho a hacer una crítica del nacionalismo. Quienes les acompañan, obviamente, ayudan a la legitimación de ese nacionalismo llamándose “catalanistas” no nacionalistas, como sucede con el PSC, o soberanistas no independentistas como pasa con Izquierda Unida. A fin de cuentas, en el sistema solar del nacionalismo catalán, el astro rey es el nacionalismo político acompañado de los planetas y satélites de los partidos que, sin ser nacionalistas, están aceptando las condiciones culturales de esta condición. El agujero negro en que la materia queda reducida a la nada corresponde, en esa metáfora astronómica, a quienes quieren mantener políticamente la coherencia con el sistema autonómico de 1978, porque éste consideraba que el nacionalismo no podía ser más que una opción entre otras, nunca la única forma auténtica de ser catalán.

Creo importante señalar, porque tal sea un aspecto que se desconoce, la manera en que esa visión cultural del nacionalismo como elemento constituyente de la sociedad, del cual emanen sus diversas opciones políticas, ha sido construida en Cataluña. No nos equivoquemos en esto, porque es fundamental para comprender una de las bazas del éxito que se está dando a costa de la democracia y de la pluralidad en el interior mismo de Cataluña. Por eso planteaba que esta comunidad es un laboratorio en el que se ha experimentado una forma de construir una sociedad culturalmente homogénea que, presentándose como pacífica, inclusiva y plural, está condicionando la homogeneidad, la heterofobia y la unanimidad, condenando al

exilio a aquellas actitudes culturales y fuerzas políticas que no comulguen con ella. No nos equivoquemos, sobre todo, al no considerar hasta qué punto han ocurrido tres cosas fundamentales que determinan la cultura cívica en Cataluña. La primera, el grado de convicción con que, en una sociedad laica, una ideología se ha convertido en una creencia a aceptar por todos antes de poder entrar en la política. Mientras los nacionalistas consideran que cualquier cosa que no sea su propia ideología es discutible (como el régimen constitucional español), el nacionalismo ha conseguido imponerse como una ideología totalizadora, en la que sólo distinguimos entre los oficiantes de mayor o menor grado, según expliciten su jerarquía en ser portavoces de esa ideología. Por tanto, no es una sociedad laica en que cada opción política se ve como parcial y las ideologías como algo que nunca pueden ser de obligación para todos. Es una sociedad que habla de laicismo y practica una nueva forma de comunidad religiosa. La potencia del discurso comunitarista en momentos de quiebra de otros referentes nos llevaría demasiado lejos, así como lo que puede suponer de gratificante para los sectores más desfavorecidos el que el nacionalismo les convierta en parte protagonista, auténticos de ciudadanos de primera clase, al dejar de considerar que el elemento diferencial básico no es el mérito, el esfuerzo, la riqueza, sino la FE en la pertenencia.

El segundo factor es la manera en que ha contribuido una élite que se ha negado sistemáticamente a condenar el proceso cultural que se estaba produciendo por parte de las instituciones autonómicas: ¿qué habría ocurrido si doscientos intelectuales catalanes que escriben o se expresan en castellano hubieran redactado un manifiesto

contra la normalización lingüística? Desde luego, no estaríamos en las mismas condiciones en que nos movemos. Y, por último, si en la sociedad civil apenas ha habido resistencia, los partidos de la izquierda han sido responsables de comprender la victoria del nacionalismo en 1980 como una deficiencia que debían resolver: la voladura del PSUC y el desplazamiento del PSC, capturado por una elite nacionalista, ha hecho que el nacionalismo que se presenta como tal deje de ser una excéntrica minoría para convertirse en mucho más que una mayoría incluso política: se ha convertido en el partido realmente existente con diversas tendencias. No hay alternancia, sino relevo en el ejercicio del proyecto nacionalista en Cataluña.

Las consideraciones previas señalaban como un tema fundamental la manera en que esta cuestión puede ser contemplada en las relaciones entre una Cataluña donde se han creado estas condiciones y España. Digamos que lo que se da es, en la propia formulación del nacionalismo catalán y sus cómplices intelectuales –cuando algunos deberían ser sus adversarios-, la construcción de una re-presentación de España, de un imaginario compartido, de una percepción que pasa a definir el grado de implicación emocional y política de buena parte de la sociedad catalana con España. En primer lugar, la misma designación de España como Estado Español, desde el inicio mismo de la gestión de Convergencia al frente de los medios de comunicación, ya indicaba el carácter artificial de España y natural de Cataluña. Ya estaba diciendo que Cataluña era una nación y España era un Estado. Curiosamente, mientras había una nación sin Estado, existía un Estado sin nación. Es decir, una anomalía que debía rec-

tificarse en las dos direcciones. Esta representación de España se construye además, sobre otra base: sobre el principio de que España solamente existe como proyecto nacional —es decir, como algo distinto a lo que defiende el Partido Socialista en estos momentos- como un espectro tradicionalista, antidemocrático, residual, impuesto a los pueblos que son forzados a formar parte de ella. Esta construcción de una España que se considera ajena a la tradición nacional liberal, como si nunca hubiera existido de forma más consecuente que en la época de la dinámica España/AntiEspaña es fundamental para comprender determinadas actitudes de la izquierda en Cataluña, para entender el fantasma contra el que se está peleando allí y para entender que incluso algunos sectores españoles lo vean de esta misma manera. Porque, y este es el elemento que supone la imagen de Cataluña desde España o de una España creada por Cataluña es que pueden llegar a asumirse las razones del nacionalismo, el carácter de España que el propio nacionalismo considera normalizado, en un proceso de catalanización cultural de España.

Y el tercer factor, que se mueve en el ámbito de estas consideraciones previas, debe considerar la forma en que tenemos que situar cómo incide el nacionalismo catalán en las alianzas políticas que se establecen en España, en su capacidad de gestionar el país y en la quiebra del modelo de gobernabilidad establecido en los años anteriores. En la medida en que no reconoce el Pacto Constitucional más que como una pieza menor, conseguida en momentos previos a la hegemonía del discurso nacionalista en Cataluña, se propone un nuevo proceso constituyente que tiene dos factores fundamentales: la reorganización territorial del Estado para decirlo en el lenguaje del Partido

gobernante; en realidad, para decirlo en el lenguaje que en verdad se refiere a lo profundo de las cosas, no se trata de reorganizar el país en términos jurídicos: sino de las causas que se aportan para hacerlo. Es decir, el recurso de alzada presentado por el nacionalismo catalán al gobierno de Zapatero plantea un defecto de forma en el trámite constitucional de 1978. Y este defecto es la consideración de dotar de soberanía al pueblo español, en lugar de dar soberanía al pueblo catalán y, como resultado, establecer un nuevo marco de relaciones políticas en el que la España plural es sustituida por la yuxtaposición de comunidades homogéneas y soberanas. Este es el fondo real del problema: desde qué posición se reclama, no lo que se reclama.

Por otro lado –y esto suele pasar desapercibido o, por lo menos, no es explicitado con la frecuencia precisa, haciendo de ello un elemento coherente-, se modifica es el acuerdo entre las dos fuerzas nacionales que representan al 90 % de los españoles. El “acuerdo de los moderados” que permitía la alternancia entre el centro/izquierda y el centro/derecha, entre liberalismo y socialdemocracia, a la manera de lo que es normal en Europa, ha sido sustituido por otra cosa, que procede del elemento nacionalista precisamente, en la medida en que la existencia de los nacionalistas, como fuerzas que no pueden ser alternativa al PSOE, que por sus aspiraciones nacionalistas se definen contra la idea de España del Partido Popular, pasan a convertirse en glotones aliados que exigen que se produzca la congruencia política que a ambas fuerzas conviene: la deslegitimación del PP por razones de su actitud partidaria de la cultura del nivel de inclusión democrática obtenido en 1978 y de la firmeza en la defensa de una

nación española liberal, evitando el regreso de los populares al área del gobierno y sentenciando a muerte la posibilidad del funcionamiento regular de la democracia que exige el relevo de gobiernos sin hacer de cada uno de ellos unas condiciones de excepcionalidad a las que sigue un nuevo proceso constituyente.

Y en este aspecto, el nacionalismo catalán deja de ser laboratorio para ser instrumento de la voladura del régimen. Sólo puede hacerlo de acuerdo con la estrategia fijada por el socialismo desde el año 2000: considerar que la única forma de volver al gobierno, o la forma en que debía evitarse volver a perderlo, era mediante una modificación del escenario político creando el siguiente, basado en la cultura nacionalista catalana precisamente. El PSOE se convierte en el único partido democrático nacional, liderando un amplio frente que deja en perpetua soledad al Partido Popular. Este frente liderado por el PSOE, donde se incluyen todos los grupos nacionalistas e Izquierda Unida es un frente democrático, que considera que el triunfo del año 2004 no es una alternancia normalizada, sino la restauración de la democracia en España. Así se ha interpretado y así se escenifica prácticamente todos los días. Como resultado, se considera que la estrategia que debe caracterizar al zapaterismo, a diferencia de lo que hizo el felipismo, es la mexicanización del modelo político español, con un partido monopólico que establece un falso pluralismo en la medida en que deslegitima la alternancia. El partido monopólico se acompaña de una serie de pequeños partidos locales que nunca pueden ser alternativa al PSOE, sino apéndices de su proyecto. Y que exigen, a cambio de su apoyo, la inclinación del modelo constitucional español en la dirección de la

ruptura cultural que no se realizó en 1978. Eso tiene que ver, por ejemplo, con la Memoria Histórica, como una de las formas más burdas de crear anacronismos que sitúan a los españoles en uno de los dos bandos de la guerra civil. Pero, además, permite que el nacionalismo pase a obtener niveles de soberanía reconocidos para pasar, en una fase futura a exigir otros elementos que sean congruentes con la correlación de fuerzas que habrán podido obtener. Y tiene que ver con un factor cultural en el que se está desarrollando la realidad cotidiana de este país, situando aspectos que nadie consideraría fundamentales en Europa como decisivos en España. El zapaterismo es un viraje en la cultura de la transición y del régimen del 78 no sólo porque quiera modificar el texto constitucional. Lo que hace, sobre todo, es modificar la atmósfera político-cultural que da sentido a éste. En aquella atmósfera, la pluralidad y el consenso eran complementarios: se buscaba en primer lugar el acuerdo y, en caso de que no fuera posible, la pluralidad permitía considerar la articulación de una mayoría. Hoy se escenifica, se hace visible y ruidosa la fractura, el “todo el país contra el PP”, graduando el interés de los temas tocados precisamente en función de que sean capaces de provocar esa fractura de los dos grandes partidos nacionales, en una dinámica que va presentando ante la población la soledad de los 148 diputados socialistas o el silencio al que son reducidas sus demandas sociales. Frente a la búsqueda de una identidad política basada en el acuerdo de mínimos que cause la más escasa fractura social, actuando luego con la responsabilidad de un gobernante que tiene que atender lo que es su propio programa electoral, se plantea iniciar cada una de las decisiones tomadas como un acuerdo de máximos en los que ya se sabe que sólo va a entrar el

PSOE y sus aliados de IU o de los partidos nacionalistas. Se reclama solamente que el PP acuda a algo que no es un consenso, sino el propio liderazgo del PSOE: si acepta sus condiciones, tiene que renunciar a sus principios; si no las acepta, aparece como una extravagancia cultural cuyo espacio hay que ir achicando.

Quiero señalar que este factor es tan contaminante que puede provocar en el escenario cultural del país una carrera de esencias comunitarias que busquen su identidad como único mecanismo que evite su postergación, creándose ficciones de colectividades, de pueblos que integran el Estado Español y que llegarán a definirse como naciones históricas alternativas. Y el factor puede afectar al área del centro-derecha español de igual manera, mediante el pánico a escapar a la soledad en la que permanentemente es presentado el partido votado por casi un 40% de españoles y, lo recuerdo aquí, por tantos catalanes como los que dieron su voto a Esquerra Republicana. Puede proporcionar aliento a regionalismos convertidos en nacionalismos, a nuevos populismos con una extraordinaria capacidad de indicar, en esta coyuntura, que ningún español se va a sentir menos “dual” de lo que se sienten quienes viven bajo un régimen nacionalista. Nadie aceptará el establecimiento de una España asimétrica en la que se contemplará como privilegio el resultado de la diversidad. Y el resultado político será ver a la base social del centro-derecha yendo a establecer una transversalidad nacionalista que alimentara el desvarío político en otras zonas del país. En otros lugares me he referido de forma detallada a esta revisión de la estrategia de la socialdemocracia por parte del zapaterismo, que implica una excentricidad de política de alianzas en Europa e im-

plica la imposibilidad progresiva de la obtención de la alternancia en España, por medio de dos vías complementarias: o bien la vasquización, que separa en dos mitades el país, como pedía Otegui, entre los herederos de los vencedores y de los vencidos en 1939, realizando un auténtico estupro cívico en la conciencia de las generaciones que nada tienen que ver con aquella situación; o una catalanización de España que supone la aceptación de la ideología “progresista” tal como se entiende por el PSOE y sus aliados como única zona de la política democrática del país, arrojando a las tinieblas exteriores a los demás.

II

Quienes me plantearon este seminario lo hicieron con la convicción de que iba a dar una visión histórica del proceso que me parece indispensable. No sólo por deformación profesional, como suele reiterarse cada vez que uno habla de lo que sabe, porque en este país de tertulianos ignorantes, hablar de lo que se sabe profesionalmente parece una “deformación”. Hablo del aspecto histórico porque una determinada manera de recuperación histórica sectaria forma parte íntima de este proyecto de reducción de la calidad democrática de nuestro país a favor de la impugnación de la idea de España, de destrucción del liberalismo nacional y de exaltación de la izquierda y el nacionalismo como únicas formas de tradición democrática que hemos acumulado. Es decir, que la Historia, para sorpresa de nosotros, profesionales más bien harapientos en lo que a sueldos ministeriales se refiere, con escaso

prestigio por producir algo que a nadie interesaba, nos encontramos, sin esperarlo –y, desde luego, sin desearlo en las condiciones en que se plantea- convertidos en parte fundamental del escenario político español, materia inflamable en sus efectos especiales. No deja de resultar conmovedor que unos papeles depositados en Salamanca despierten fervores entre ciudadanos. No había visto pasión semejante por un archivo ni entre mis propios colegas. En Cataluña, la comisión que ha negociado el traspaso se ha llamado, nada menos, que la Comisión de la Dignidad, como si considerar que los papeles tienen que estar, a lo mejor, en Madrid, depositados donde sea más fácil su consulta por los investigadores, es una forma de indignidad que nada tiene que ver con la simple racionalidad que facilita el trabajo de los especialistas, sino con una lesa traición a la patria auténtica a la que se pertenece. Lo cierto es que no me imagino un debate de estas características ni siquiera en aquellos países que han tenido que ajustar cuentas con su propio pasado envilecido, con asuntos de dolorosa experiencia colectiva, tratando de hacerlo como mecanismo que obtenga la cohesión, en lugar de hacerse como sistema de confrontación; como manera de lograr construir una identidad común reconocible, una tradicional nacional, en lugar de plantearlo como una forma de desnacionalización, de exilio de una parte del país y de instalación en un reino imaginario de los nuevos vencedores.

Además de este elemento que no es de simple moda, sino de actualización cargada de anacronismos (por ejemplo, seleccionar la represión de los años cuarenta, establecer una jerarquía de sufrimiento imposible de determinar por la Historia o por la Ética, y además traspasar a la gente

que vive con los valores del año 2005 las condiciones en que se entendía la militancia política en los años treinta); además de este verdadero disparate al que los historiadores deberemos salir al paso de una vez, quiero señalar la necesidad de realizar una reflexión alternativa realizada desde la profesión y desde el liberalismo político. Uno tiene que empezar por decir desde dónde habla, para no colar por la puerta de servicio una presunta neutralidad metodológica: desde esa posición, por ejemplo, yo puedo indicar que el hecho de ser antifascista en 1936 no le convertía a uno, automáticamente, en demócrata; como puedo denunciar los esfuerzos realizados por los sectores fascistas o el monarquismo integrista por acabar desde el principio con la República legalmente establecida. Reclamo un debate de historiadores, no la asignación a los historiadores de una tarea de legitimación instrumental según las necesidades excluyentes de un proyecto político cargado de material de crispación, cuando el conocimiento especializado de lo que ha ocurrido y su divulgación entre la población debería ser, por una parte, ejercicio para quien ha sido adiestrado profesionalmente para esa tarea. Por otra, factor destinado a no establecer absurdas identificaciones con la actualidad que en ninguna otra parte de Europa se han dado. ¿O es que alguien se imagina a la izquierda socialdemócrata alemana echando en cara a los votantes de la CDU un presunto pasado nacionalsocialista? ¿O es que alguien puede pensar en acusaciones de colaboracionismo sobre el centro-derecha francés? O es que, simplemente, uno puede ser juzgado como parte de una experiencia personal que no ha compartido y heredero de una tradición política que rechaza en sus propios valores, olvidando que tales adscripciones han

sido aquellas sobre las que se levantó la Europa democrática construida a partir de 1945?

Pero, en lo que nos interesa, desde esa posición quiero apuntar especialmente a lo que es la genealogía del nacionalismo catalán. No la historia oficial que nos ha proporcionado, como movimiento democrático, republicano, siempre al servicio de la integración, que no ha hecho otra cosa que luchar contra cualquier régimen de intolerancia y ha proporcionado las posibilidades de una Cataluña abierta. De hecho, buena parte de quienes más lucharon por el autogobierno de Cataluña no lo hicieron desde posiciones nacionalistas, sino desde posiciones democráticas. Ese es el primer malentendido al que debe enfrentarse quien tiene —esta vez sí— memoria suficiente para recordar cómo fueron las cosas, en tiempos en que el “fuste torcido de la humanidad” —como diría Kant y como repetiría en el célebre título de una recopilación de artículos Berlin— asoma expresando una visión falsificada de nuestro pasado más reciente. Quienes luchamos por el autogobierno de Cataluña —y de hecho, por la recuperación de la democracia en España entera— no lo hicimos por un criterio nacionalista, sino porque contemplábamos el reconocimiento de una organización territorial española que conectara con las tendencias reformistas anteriores al franquismo como una manera de optar por una democracia más honda, que en nada ponía en duda la nación española, sino que la realizaba de otra forma a la que habíamos experimentado en los últimos años. Ese proceso de recuperación de la España plural nos convocó a todos los demócratas, no fue la propuesta del nacionalismo. En realidad, en el fondo de éste debía encontrarse, por cohe-

rencia con su proyecto de fondo, algo que tal vez tiene más sentido a la luz de lo que hoy se observa.

Yendo al origen mismo del asunto, podemos establecer algo que es perfectamente contrastable, incluyendo en ese contraste lo que en su momento dijeron investigadores como Jordi Solé Tura, por ejemplo, al buscar las raíces del nacionalismo catalán, o Borja de Riquer, al hacer su tesis doctoral acerca de la Lliga Regionalista. Y se trata de trabajos ya veteranos, con más de treinta años de existencia, en los que se puede rastrear el origen de las primeras opciones que conducen a la formación del catalanismo político con mayor incidencia en los primeros años del siglo XX, como de una forma tan brillante ha podido hacer Enric Ucelay Da Cal en su libro acerca del tema, *El imperialismo catalán*.

Y el primer desarrollo es el que importa, para comprender de dónde sale, por qué sale, contra qué se mueve. El nacionalismo catalán, en su voluntad de intervención política, es el resultado de la obra de Prat de la Riba y de Francesc Cambó, acompañados por Eugenio d'Ors como principal ideólogo del llamado noucentisme, fino analista de las tendencias ideológicas de su tiempo y, desde luego, protegido de Prat y adversario de Cambó más adelante, cuando las cosas se le empezaron a torcer a la Lliga, en el momento en que llegaron las escisiones republicanas.

El nacimiento del nacionalismo catalán sólo es comprensible en un marco cultural concreto: el giro producido en la sociedad europea a finales del siglo XIX, en lo que podríamos llamar el juego de percepciones que ésta se hace de sí misma, tras las esperanzas canceladas de las revoluciones liberales que concluyen a mitad de siglo. El

nacionalismo catalán se configura en la reacción contra el liberalismo liberal heredero de los principios del 89 que se da en todas las disciplinas del pensamiento, en la mitificación del heroísmo que se da en determinadas visiones artísticas, en el resurgimiento de un romanticismo acompañado de modernismo. Es un resultado de la crisis de la modernidad, pero que utiliza los mismos materiales culturales que ofrece la modernidad para proponer una reacción contra su forma decadente, degenerada. No hay discurso de rectificación que sea simplemente vuelta atrás, reacción política, pura restauración, sino que se propone otro trayecto que destruya el sentido de valores morales y políticos, el tejido de elementos de ciudadanía que ha contenido la ruptura del Antiguo Régimen y la modernidad entendida como responsabilidad y valor del individuo social, del ser humano inspirado en Kant, el hombre único y solidario, cuya libertad es el reconocimiento de sus limitaciones, y cuya existencia preciosa nunca adquiere significado a través de la comunidad, reclusándose en la insignificancia de la persona. A fin de cuentas, el fascismo habrá de brotar de esa misma fuente de nostalgia del absoluto modernizada, actualizada, tecnificada por una lectura positiva de los procesos de deshumanización que socializará la Gran Guerra.

La fuente de inspiración de este primer nacionalismo catalán es el grupo de intelectuales provenzales dirigidos por Maurras que, más tarde, en compañía de Barrès, crearían el movimiento Acción Francesa y el nacionalismo llamado integral. Esto implica que el nacimiento del nacionalismo catalán es una respuesta al liberalismo. Y eso, en sus elementos más directamente ideológicos. Porque en los sociales, el ambiente en el cual nace ese naciona-

lismo, esa toma de conciencia colectiva de expoliación se da en protestas fiscales, que incluyen la negativa a dar la autonomía a Cuba, cuando Cánovas es sustituido por Sagasta y las clases dirigentes catalanes acuden despavoridas a tratar de impedir cualquier concesión en este campo, de la misma forma que se pondrán a las órdenes del general Polavieja para emprender el turbio camino de los cirujanos de hierro que la nación española habrá de padecer por la presunta incompetencia de su sociedad civil. Esa toma de conciencia tiene que ver con la aprobación de documentos tan reaccionarios como las Bases de Manresa, que negaban la representación inorgánica y apuestan por una forma de representación política no liberal, basada en la presencia en el parlamento de los grupos profesionales, de la sociedad “auténtica” frente al artificio de la democracia de representación moderna inspirada en lo que todos entendemos hoy como marco imperfecto, pero insustituible, de la democracia parlamentaria.

En lo que se refiere a la ideología político-cultural propiamente dicha, la propuesta del nacionalismo se establecerá, en especial por Prat de la Riba, como construcción de una nación: lenta uniformización de la misma creándola en todos los ambientes de sociabilidad y en todas las expresiones artísticas, además de en lo directamente político: ahí está el modernismo arquitectónico o musical, la conquista de los espacios de aficiones excursionistas, la búsqueda de la tutela de asociaciones culturales populares. Ahí están las campañas de “Solidaridad Catalana”, la unión de los catalanes para reorientar en un sentido de modernización el gobierno de España, presentando el catalanismo como un movimiento unitario que se despierta frente a las condiciones de España, como plata-

forma de negociación de igual a igual. El nacionalismo catalán nace, de esta forma, como proyecto ambicioso y, en gran medida con éxito de creación de una nación desde la minuciosa edificación de una elite que atiende todas las expresiones del país, para ir en busca de una socialización de masas apenas perceptible, que se va normalizando y creando una experiencia comunitaria que va comprendiéndose como manera de ser y ya no como una opción entre otras a elegir. Combinado esa modernización de la Cataluña-ciudad que propugna d'Ors, con lo que no es sino la constante reedición del elemento romántico: Verdaguer como poeta nacional, el culto montserratino, el sentimiento nacional-católico que permite el fácil entendimiento con el carlismo. Modernismo y tradición, sin dejar una sola fisura por donde pueda presentarse la objeción cultural al proyecto que tiene, sin embargo, un elemento innegable: la ambición totalizante de crear lo que es y lo que no es propio del país, lo que es digno de presentarse y de representarlo, lo que le da forma o lo que le da deformación. Lo que lo afirma y lo que lo impugna.

Lógicamente, frente a ese tipo de planteamiento que puede leerse, si alguien tiene ganas, en “La nacionalidad catalana” de Prat, se encuentran los obreros lerrouxistas, los trabajadores de la Solidaridad Obrera que luego formaran la CNT. Y téngase en cuenta que los fundadores del movimiento están hablando de regionalismo y no de nacionalismo, como Maurras plantea una Francia antijacobina que no se base en el patriotismo liberal heredado del 89, sino en los viejos países naturales destruidos por el racionalismo del siglo XVIII. Basta con leer las propias declaraciones de Cambó cuando, tras la muerte prematu-

ra de Prat de la Riba, se hace con la dirección de la Lliga, ya diezmada por la deserción del republicanismo de izquierdas: cuando se entra en la crisis de 1917-18, el dirigente regionalista indica, casi literalmente, que decidió coger el fusil del somatén y olvidarse del estatuto en cuanto apareció ante él la amenaza de la revolución obrera, poniendo el primer paso para que su propuesta se inclinara bajo el sable de Primo de Rivera, de la misma forma que acudiría a salvar la monarquía en sus momentos agonizantes, quebrando el prestigio rupturista y la lógica interna del catalanismo político, de una forma que permite explicar el triunfo arrollador de un movimiento improvisado como ERC, el liderazgo mítico de Maciá y la capacidad de aglutinar incluso a los trabajadores de la CNT para dar el voto a un partido que, de haberse presentado en los meros términos de independentismo, es difícil que hubiera contado con tales simpatías.

Esas dos líneas, modernizadora en lo económico y reaccionaria en lo cultural, constituyen el elemento vertebrados del mismo nacionalismo catalán que ha podido luego volver a la Generalitat en 1980. Esa raíz pratiana ha sido la de Convergencia, en absoluto la que se refiere al republicanismo que se escindió de la Lliga. Pero lo importante es señalar que el nacionalismo apareció como corriente, como lo hizo el nacionalismo vasco frente a la España liberal, no frente a una España dictatorial, no en defensa de la democracia, sino en la crítica a la misma.

Y eso es lo que ha tratado de negar esta tradición, en la medida en que ha ido planteando que, frente a las reivindicaciones nacionalistas, que astutamente se presentan como republicanas y progresistas siempre, sólo hay una España de los partidos de la Restauración. No. Está la

España de Ortega, por ejemplo, de la generación del 14: está el propio Azaña en sus primeros momentos de partido reformista, antes de lanzarse en brazos de otros planteamientos de partido que lo desviaron de una verdadera regeneración del país. Podemos considerar que en esta idea de España se encuentra un núcleo que permite comprender la forma en que fue abordado el estatuto del 32, que tanto molestó a los nacionalistas, cuando consideraron inadecuado que el presidente del gobierno español defendiera lo que era una mera comunicación de ERC a quienes gobernaban la nación. Las memorias de Amadeu Hurtado, diputado de ERC lo señalan con claridad, cuando el dirigente nacionalista se pregunta el motivo por el que deba ser el presidente del gobierno español el que deba defender el estatuto, cuando para un nacionalista se trata sólo de la comunicación dada a las Cortes de la voluntad del pueblo de Cataluña, frente a la que no cabe discusión ni carta otorgada por parte de quien carece de la legitimidad de la soberanía originaria.

Si consideramos que en los años de la dictadura franquista el nacionalismo catalán se benefició de la frustración del nacionalismo liberal español, podemos comprender que la izquierda olvidara su lucha por la España republicana en la guerra civil y pasara a asumir, a la inversa, el mismo discurso de Franco acerca de la Anti-España. Colocado en ese recinto, la izquierda fue concediendo a los nacionalistas el beneficio de una bondadosa posición ideológica, justamente cuando en toda Europa ocurría lo contrario: cuando el nacionalismo era contemplado con prevención tras el triunfo sobre el fascismo. Cualquier elemento identitario radical pasaba a ensartarse en la espada del fascismo en aquel momento, y la Europa demo-

crática de construyó sobre esa crítica. Mientras, en cambio, la cultura democrática española se construía sobre una consideración contraria a ésta, que ha acabado provocando los problemas que hoy vivimos. Creo que no se subraya lo suficiente este factor de asincronía. Es fundamental colocarlo en esta divergencia que molestaría a algunos revisionistas de la historia: ¿cuál es el motivo que permite a Europa hacer del nacionalismo una propuesta de la extrema derecha, sin dejarse seducir por la sustitución de los ciudadanos por los pueblos? Sin duda, que la Europa de la democracia posterior a 1945 emerge vacunada contra el fascismo, cuya característica esencial —aquello que permanece mientras otros temas van quedando ajustados a las diversas realidades sociales concretas, a las propias tradiciones particulares— es el nacionalismo antiliberal.

Uno de los elementos más importantes de este proceso, porque simbolizan perfectamente la forma en que la izquierda fue presa de la lógica nacionalista, de los rituales simbólicos que iniciaban una liturgia de la impugación de España fue la Asamblea de Cataluña. Para los más jóvenes, el episodio resultará poco revelador. Y, sin embargo, es uno de los factores sin los que no creo que pueda entenderse esa ocupación de espacios por el nacionalismo o esa cesión por parte de una izquierda que era hegemónica en Catalunya: recordémoslo, el PSUC disponía del 18% de los votos en las primeras elecciones democráticas, mientras que el PCD sólo tuvo un 15%. La Asamblea de Cataluña fue un modelo de movilización social muy amplio, formada por partidos y organizaciones sociales en el que se planteó la unidad nacional antifranquista: pero la unidad nacional de Cataluña. Y el propio

PSUC habló de que era un partido nacional y de clase, siguiendo los esquemas del PCI, entonces con gran influencia en aquella zona. La “reconstrucción nacional”, la integración de inmigrantes y nacidos en Cataluña no la debía hacer la burguesía, sino la izquierda. Ello derivó en una identificación entre el proyecto de clase y el proyecto nacional en el que acabó primando este último, cuando el primero entró en crisis con la derrota de la izquierda en las elecciones autonómicas de 1980. En cualquier caso, la AdC sirvió como un proceso de legitimación del nacionalismo como oposición, al reconocer la izquierda la lucha “por las libertades nacionales de Cataluña”. Lo que ésta no podía imaginar es que la gente acabaría prefiriendo el original a la copia y que metidos en el discurso nacional, los nacionalistas serían quienes acabarían diseñándolo con mejor fortuna.

Esto fue lo que ocurrió cuando, una vez aprobada la Constitución, con la participación clave de dos catalanes en el proceso –Miquel Roca y Jordi Solé Tura- que representaban una posición clara de defensa de la nación catalana, en condiciones de recuperar derechos después de un interludio. La normalización en ese sentido de restauración puede contemplarse en algo que ya indicaba una rendición a una determinada interpretación de la guerra civil: Cataluña fue la única zona del país en la que se produjo el regreso del presidente en el exilio, cosa que no sucedió en el País Vasco. Tal estado de ánimo social pudo explicar lo que se ha llamado el voto diferencial, que permitió la victoria del nacionalismo en las primeras elecciones autonómicas gracias a la masiva abstención de los electores socialistas, convencidos de que el tema no iba con ellos, sino “con los catalanes”. La responsabili-

dad en esa desvertebración cívica de cientos de miles de personas tiene que analizarse de una forma más adecuada que la simple lamentación ante la pérdida de las elecciones, que resultaría oportunista. Tiene que observarse con la preocupación proporcionada ante el hecho de que una parte tan abundante de personas que participan en las elecciones municipales y en las generales, se crean obligadas a prescindir de las primeras autonómicas, precisamente por una dinámica cultural que les ha dado a entender que no son exactamente pueblo catalán. En las primeras autonómicas, el debate se realizara claramente entre los de dentro y los de fuera, acuñándose el célebre término de “sucursalista” dedicado a todo partido “de obediencia española. Esa carta fue jugada, junto con el miedito de la izquierda, como un elemento clave para obtener una mayoría parlamentaria muy limitada por parte de Pujol. Este disponía, sin embargo de un diseño claro de construcción nacional realizado desde los mecanismos del poder, que aplicó de forma implacable mientras la izquierda quedó anonadada por una derrota que no esperaba: llegó la crisis terminal de los comunistas en la grave fractura de 1981, el desplazamiento hacia el nacionalismo del PSC con la presentación de Raimon Obiols como candidato, barrido por Pujol en 1984, 1988 y 1992, y durante toda una década se procedió a la creación de un imaginario colectivo de considerable potencia.

Debe destacarse el elemento fraudulento que contuvo el presunto acuerdo de 1978: y que venía a solucionarnos los problemas heredados durante siglo y medio de imposibilidad de construcción de la democracia: el de la conformación de la cultura de la gobernabilidad, de la legitimidad, y el de la organización territorial del Estado. En

el caso de Cataluña, el marco constitucional fue aprovechado para hacer algo distinto a una Generalidad entendida como organismo del Estado. Fue comprendida como expresión política del pueblo de Cataluña, de la nación catalana, sedimentándose este discurso en un proceso que no hizo más que incrementarse al disponer de todos los recursos de propaganda y de promoción social que podía ofrecer el gobierno. Los medios de comunicación públicos y un estado de perplejidad y de complicidad de la izquierda que le impidió hacer un discurso antinacionalista ni siquiera en el plano intelectual, algo que hizo que la mayor parte del centro-derecha en Cataluña, lo que podía haber correspondido, por ejemplo, a la UCD, acabará en CiU y asumiendo el nacionalismo moderado catalán.

Como ocurre siempre, el Estado creó la nación. Y el partido se convirtió en régimen, de la misma forma que el PRI se identificaba con la independencia de México y cualquier persona ajena al proceso revolucionario era separada de la soberanía nacional, acusada de complicidad con el extranjero, etc. La Generalitat realizó un trabajo gramsciano de construcción del nacionalismo como forma de ser catalán normal, en perpetuo estado de recuperación de soberanía, de constatación de quién se era, de afirmación colectiva cargada de elementos emocionales y simbólicos, de tensión permanente contra los poderes centrales, de impugnación suave de la idea de España, que ponía las bases para construir una sociedad que dejaba de creer en España y que, a medida que se incorporaban generaciones nuevas, iba creando la normalidad nacionalista en quienes llegaban a la edad adulta. Además de ello, deben citarse la falta de resistencia social y los

elementos de promoción que se concedieron, y en los que insisto.

Todos estos elementos son los que pueden explicar que la campaña del 2003 se realizara ya en el terreno de una delimitación de campos que correspondía a la ofensiva desatada contra el gobierno Aznar: el debate fue sobre el incremento del autogobierno en una franca ruptura con el régimen existente. Se dijo así de claro por todos, incluyendo a CiU, que no quería asistir a la competencia de ERC.

Y el triunfo del maragallismo fue una sucesión del pujolismo, fue una expansión del nacionalismo hacia la base de la socialdemocracia catalana, anunciando lo que sería la fusión de estrategias en el conjunto de España unos meses después. El escenario dibujó las condiciones apropiadas para la tarea constituyente en que se encuentra Cataluña, pero lo hizo en una etapa que es congruente con lo que está sucediendo en España. La quiebra del régimen del 78 que es mucho más que la ruptura de un marco constitucional –como si eso fuera poco grave, de todas formas-: es la evaporación de una atmósfera de pluralidad y consenso, de fijar acuerdos de mínimos en primer lugar, para ir a un sistema de mayorías y minorías cuando no se puede obtener tras haberlo intentado. Es la voluntad de no actualizar heridas que desplacen la conciencia de los ciudadanos hacia una confrontación innecesaria. El problema no es la reforma, sino que la quiebra del régimen inducida por el nacionalismo y por la adaptación a sus demandas implica, necesariamente, el equilibrio constitucional creado y, por tanto, es el resultado irresponsable de impedir que España proceda al proceso de nacionalización cultural en la libertad que debe ser

previo y acompañar la existencia misma del marco legal y la permanente voluntad de actualizarlo sin crear ambientes de crispación.

Navacerrada, 9 de julio del 2005.